

## PERSONAJES APÓCRIFOS

La forma en la que los personajes se van definiendo en esta novela sigue las mismas pautas de alusión y transformación de los referentes bíblicos que vimos en el apartado anterior. En la descripción de cada uno de los personajes, nuevamente el autor mantiene un diálogo continuo con las fuentes a las que se remite, realizando variaciones de forma y contenido muy significativas que van desde la oposición más directa a los presupuestos bíblicos y apócrifos hasta el tratamiento irónico de determinados detalles. A simple vista el hecho de que en muchos casos los episodios relatados en la novela de Saramago se alejen notablemente de los que se describen en la tradición evangélica parece dar a entender que son plenamente ficticios. Sin embargo, a través del análisis de las características de los personajes de la tradición evangélica y apócrifa, se hace evidente que los episodios “inventados” de la novela de Saramago responden a una lógica que está en íntima relación con la tradición bíblica.

Dicho acercamiento a las fuentes, con la consiguiente modificación de algunos elementos para trastocar su significado original, se ve particularmente en la manera en la que Saramago dibuja a ciertos personajes de su novela y tiene importantes consecuencias para la trama. Este cuidadoso diseño, a su vez, da testimonio del virtuosismo literario del escritor portugués.

A ti te baste buscar y no encontrar (*Ev. de Tomás*, 5)

Esta es la maldición con la que el niño Dios condena a *José*, su padre putativo, por haberle castigado con un tirón de orejas en el *Evangelio apócrifo de Tomás*. Con la misma frase se podría resumir el papel desempeñado por este personaje en la trama del relato de Saramago.

El José de *O Evangelho segundo Jesus Cristo* posee una gran relevancia en el transcurso de toda la narración, así como también el protagonismo de la primera parte del libro. Igualmente, en la literatura apócrifa antigua este personaje recibió mucha más atención que la que le dedican los textos canónicos. Para recrear en su novela a un José que nos resulta al mismo tiempo enormemente familiar y completamente distinto al de los Evangelios, Saramago recurre a muchas de las caracterís-

ticas con las cuales se dibuja este personaje en los apócrifos antiguos. No obstante, prosigue con su técnica de acercamiento y variación de las fuentes, continuando así el juego que establece con el lector.

El padre, en este caso *no-putativo*, de Jesús tiene muchos paralelos con el José que se describe en el *Evangelio de José el Carpintero*, en *El Testamento de José* y en el *Protoevangelio de Santiago*.

En este relato del novelista postugués José vuelve a ser padre de una extensa familia, como ya se presenta en varias menciones apócrifas. Saramago no sólo toma esta característica, sino que además conserva muchos de los nombres: Tiago, Lisia, José, Judas, Simón, Lidia, Justo, Samuel<sup>77</sup>. La diferencia respecto a los nombres recogidos en el *Evangelio de José* y en el *Testamento de José*<sup>78</sup> se desarrolla sobre tres variantes especialmente significativas. La primera es la de aumentar el número de hijos de seis a nueve. Simbólicamente esto resulta curioso si tenemos en cuenta que todos ellos son también hijos de María, ya que el nacimiento de tantos hijos invalida completamente el dogma de la virginidad mariana. La segunda es el orden o jerarquía de los hijos por edades. En los textos apócrifos, al ser Jesús el único hijo de María es el menor en edad, mientras que en este relato es el mayor. Este aspecto es importante para la *exégesis* de Saramago, ya que Jesús es también el primogénito<sup>79</sup> de José. La tercera variante, ya mencionada, es el hecho de que Jesús sea hijo biológico de José y María, y ésta a su vez madre de todos los hijos. Este dato contradice la concepción virginal por obra del Espíritu Santo que en los Evangelios canónicos se afirma y en los apócrifos se remarca con insistencia.

Otra característica interesante a la que se le proporciona una variación irónica es la edad de José. Las tradiciones orientales sobre José nos remiten a un hombre mayor en el momento de tomar a María como esposa. En estos textos su vejez es recompensada por Dios con una gran longevidad. Por ejemplo, según el *Testamento de José*, vive hasta los ciento once años<sup>80</sup>. Es precisamente el hecho de poder compartir con María y Jesús los que serán los últimos años de su vida lo que le proporciona una larga vida como premio a su comportamiento<sup>81</sup>. La situación del José de Saramago no puede ser más distinta; en el momento de aparecer en la obra su edad es de 21 años, y muere a la edad de 33. Lo interesante es que en el relato novelesco se respeta la historia evangélica por un lado, puesto que María parece quedar viuda de José siendo Jesús aparentemente muy joven<sup>82</sup>. Por otra parte, la variación de edad

<sup>77</sup> Saramago, p. 130.

<sup>78</sup> En el *Evangelio de José* Los nombres son Judas, Simón, José, Santiago, Asia y Lidia. En cambio, en el *Testamento de José* son Josetos, Santiago, Simón, Lisia y Lidia. Saramago escoge el nombre de José frente al de Josetos y el de Lisia frente al de Asia, sumándolos todos. Cf. Mc 6, 3.

<sup>79</sup> Por otro lado, Santiago (Tiago en la novela) estaría en segundo lugar –concordando con la idea evangélica de *hermano de Jesús* que ocupa el liderazgo tras la muerte de Jesús en la comunidad de Jerusalén–. Él les hizo señas con la mano para que callasen y les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel. Y añadió: «Comunicad esto a Santiago y a los hermanos» (Hech 12, 19)

<sup>80</sup> *Testamento de José* XXXI, 5.

<sup>81</sup> El Job apócrifo también es recompensado con una aún más llamativa longevidad.

<sup>82</sup> «¿No es éste el hijo de María...?», Mc 6, 3.

respecto a la tradición apócrifa antigua es especialmente simbólica, porque en el relato de Saramago José morirá joven<sup>83</sup> sintiéndose un anciano, mientras que en la tradición apócrifa morirá muy anciano pero gozando de la salud y vitalidad de un hombre joven<sup>84</sup>. Es precisamente el hecho de ser parte esencial y fiel de los planes de Dios lo que en la tradición apócrifa le confiere juventud mientras que este mismo hecho, en la novela de Saramago, acelera su envejecimiento y propicia su muerte<sup>85</sup>.

Los paralelismos y al mismo tiempo variaciones en relación a la figura de José se encuentran también en el momento de su muerte. En *La Historia de José el Carpintero*, María y Jesús acompañan y consuelan al moribundo José, que logra llegar a la otra vida con su espíritu sosegado, sin haber experimentado ni la enfermedad ni el dolor a lo largo de su vida. En la historia de Saramago, el carpintero de Galilea muere torturado en una cruz, acompañado de otros treinta y nueve ajusticiados, completamente inocente –como el José apócrifo–, pero totalmente solo, ya que la compañía de su hijo y su esposa no llega hasta después de que es bajado de la cruz. En la tradición apócrifa, Jesús y María acuden a su lecho de muerte y se colocan uno a la cabecera y otro a sus pies para consolarlo en sus últimos momentos. Muere recibiendo todos los honores rituales, ya que es ungido y llevado a la tumba de sus padres. En nuestra historia su suerte en este sentido es también muy diferente ya que tendrá que ser enterrado en una fosa común. Por lo tanto, su cuerpo no es sepultado siguiendo los ritos prescritos y por ello no puede librarse de *corrupción*<sup>86</sup>. En el apócrifo antiguo, Jesús acompañará su alma hasta el Cielo; en el *evangelio* de Saramago, en cambio, acompañará su magullado cuerpo a una fosa llena de hombres ejecutados por la férrea *injusticia* romana<sup>87</sup>.

Existen rasgos del personaje de José y determinados detalles que igualmente muestran un claro referente apócrifo, nuevamente modificado. Por ejemplo, se menciona su habilidad para el trabajo<sup>88</sup>, aunque con un tono irónico. También se destaca por su piedad y su conocimiento de las Escrituras, aunque los pierde en el mismo momento de morir, a diferencia de la actitud en extremo piadosa de las últimas horas de su vida de las que se describen el *Testamento de José*. La generosidad, otra característica que se destaca en el José apócrifo y que se desarrolla a partir de las atribuciones que le dan los relatos canónicos, se muestra en episodios como los referidos en el *Libro de la Infancia*, III. En ese texto apócrifo, tras la obtención de una cosecha milagrosa gracias a la acción del Jesús niño, José la reparte con los pobres. De

---

<sup>83</sup> «Cuando Dios ve que uno sigue el camino de la perdición, suele concederle un corto plazo de vida y lo hace desaparecer en la mitad de sus días», *Testamento de José* XXXI, 5

<sup>84</sup> Cf. *Historia de José*.

<sup>85</sup> En la muerte de José parece como si se siguiera una lógica parecida a la figura de Juan el Bautista, cuya muerte llega una vez que su misión ya ha sido cumplida.

<sup>86</sup> Saramago, pp. 171s.

<sup>87</sup> Todo este capítulo en Séforis posee una serie de menciones *infernales* en la descripción de los heridos de guerra y luego crucificados. Esta descripción y el miedo que siente el protagonista contrastan con los temores del José apócrifo ante el Infierno y la Muerte, que son en este caso aliviados por Dios.

<sup>88</sup> Cf. *Historia de José el carpintero*.

manera análoga en el *apócrifo contemporáneo portugués*, decide compartir la comida con un mendigo, aunque en esta ocasión sea realmente María la que divida la mitad de sus sobras con el extraño menesteroso que llama a su puerta. Otro caso de generosidad es la que muestra con su vecino Ananías al que intentará socorrer, por lo cual recibirá la *recompensa* de encontrar la muerte a manos de los soldados romanos. En la novela de Saramago vemos cómo José, forzado por las circunstancias, necesita desplazarse a otros lugares en busca de trabajo como carpintero, ya que en el momento del nacimiento de Jesús está en Belén y allí no posee oficio. Esta necesidad es recogida igualmente en los apócrifos antiguos. Específicamente en el *Testamento de José* su hijo Jesús narra cómo «acostumbraba a salir forastero con frecuencia para ejercer su oficio de carpintero».

Un paralelismo muy interesante es la relación que mantiene con su propia familia, si la comparamos con la que se muestra a través de los textos apócrifos. El José de los apócrifos antiguos opta por tomar una *considerable distancia* de su *nueva* familia debido al carácter divino tanto de María como, sobre todo, de Jesús. La primera, como mujer elegida y bendecida por Dios, es para José un ser intocable al que tiene que cuidar y respetar. En el caso del José de Saramago la distancia en relación a María se debe a otros motivos. Su situación como mujer la hace ya de por sí despreciable con lo cual el autor pretende reconstruir de manera realista las relaciones de pareja en un sistema fuertemente patriarcal. Las sospechas latentes en la mente de José<sup>89</sup>, que en la narración de Saramago, se presentan a raíz de la visita del mendigo, le llevan a poner el asunto en manos de los sacerdotes. En cambio, en los relatos apócrifos opta por ocultar que no es el padre de la criatura para no dañar a María<sup>90</sup>. En los apócrifos antiguos, y sobre todo en las tradiciones orientales, José tiene miedo de poner sus manos en la persona de María, ya que ésta ha sido bendecida por Dios. En el relato de Saramago, es precisamente la culpa que Dios ha sembrado en su mente lo que le hace acercarse a su mujer con una especie de obsesión por procrear<sup>91</sup>, para así compensar la muerte de los Inocentes. José y María no se comunican, tanto en este relato como en los apócrifos antiguos, con lo cual se subraya la gran distancia que existe entre ellos. Sin embargo, la forma en la que se manifiesta esta separación, por un lado, en los textos antiguos y, por otro, en el relato de Saramago, son radicalmente distintas.

Sobre la relación que José tiene con Jesús, el *evangelio* de Saramago no se extiende demasiado, pero sugiere una serie de paralelos antitéticos respecto a la tradición antigua. En los escritos apócrifos —en donde estas cuestiones se desarrollan mucho más extensamente que en los Evangelios canónicos— José, de la misma forma que Jesús, es perfectamente consciente de la divinidad de éste último. José se siente privilegiado y agraciado por haber sido elegido para cuidar al hijo de Dios, y acep-

<sup>89</sup> «¿Quién ha cometido este delito en mi casa y ha corrompido a esta virgen? ¿Tal vez se ha repetido la historia de Adán, en la que mientras él glorificaba a Dios, llegó la serpiente y encontrando sola a Eva la engañó? ¿Me habrá sucedido eso a mí también?», *Ev. de Santiago XIII*.

<sup>90</sup> *Evangelio de Pseudo Mateo XII*.

<sup>91</sup> Saramago, p. 131.

ta esto como su misión en la vida. En el relato de Saramago, en cambio, José sospecha de la peculiaridad de su hijo, aunque morirá sin saber qué era exactamente lo que le hacía especial. Esta sensación le hace sentirse orgulloso por un lado<sup>92</sup>, pero, por otro, le proporciona un enorme desasosiego con el que tendrá que cargar hasta su muerte<sup>93</sup>.

En textos como la *Dormitio* o *La Historia de José*<sup>94</sup>, se hace presente el agradecimiento que Jesús siente hacia su padre putativo por haberle salvado la vida huyendo a Egipto. Esta huida supuso una dura prueba, ya que para escapar, la familia tuvo que cruzar el desierto del Negev y el Sinaí. En el texto de Saramago solamente tienen que cruzar *físicamente* un pequeño y en absoluto yermo desierto, que es el de Judá –que por esas épocas del año poco tiene de desierto–. Existe, en cambio, otro desierto del que José no puede salvarse: el aislamiento producido por la culpa, un yermo que le separará de los demás y que nunca logrará atravesar. Con la heroica acción de salvar a su hijo del filo de la espada de los soldados de Herodes no conseguirá ni el agradecimiento y ni la bendición de Dios Padre, sino por el contrario, una maldición o condena con la que deberá cargar a pesar de ser inocente.

Otra variación especialmente interesante en relación a este personaje y con similares características que las anteriores tiene lugar en el famoso *sueño de José*. En la tradición evangélica y apócrifa, la situación de desasosiego y angustia termina para este personaje con ese sueño<sup>95</sup>. Tras caer en él, y a partir de la explicación del ángel sobre la milagrosa concepción por parte de María, el perturbado corazón del anciano José encuentra un definitivo alivio. En el libro de Saramago, el sueño –de signo y contenido muy diferentes– producirá, por el contrario, confusión y dolor en el corazón del joven pero ya envejecido carpintero.

Las referencias con las que Saramago rodea el personaje de José son especialmente paralelas y a la vez divergentes de las alusiones a él que aparecen en la tradición antigua. En lo que se refiere a su tipología, es el personaje de Job con el que el José de Saramago encuentra claros precedentes. Esta similitud la analizaremos en el siguiente capítulo, en el que haremos referencia al *problema de la culpa* y su tratamiento en esta novela.

Dócil a las instrucciones... erudita en la ciencia divina...  
humilde en su sencillez... gentil en su caridad,  
pura en su castidad... perfecta en su virtud... constante, firme, inalterable...  
(*Pseudo Mateo* VI, 3)

<sup>92</sup> *Idem*, p. 54.

<sup>93</sup> Un momento en el que José tiene su mente especialmente ocupada sobre el destino que le deparará a su hijo es durante su viaje a Belén, esta escena tiene un curioso precedente en la descrita por el *Protoevangelio de Santiago* 2 en la que José vuelve su mirada sobre María y se da cuenta que ésta cambia su gesto de la alegría a la tristeza.

<sup>94</sup> Me vino a la mente el recuerdo del día en que me llevó a Egipto y de las grandes preocupaciones que asumí por mí...», *Historia de José* XXVII, 35.

<sup>95</sup> *Protoevangelio de Santiago* XIV; *Libro sobre la Natividad de María* X.

Éstas son las virtudes que los escritos apócrifos, tales como el *Pseudo Mateo*, desean destacar de la persona de María, madre de Jesús. Ampliando los pocos datos biográficos que nos facilitan los evangelios canónicos, estos escritos se centran especialmente en los años anteriores a sus desposorios con José y a su vida de consagración a Dios en el Templo. Por otro lado, toda una tradición de escritos, los *apócrifos de la Ascensión*, narran los momentos finales de su vida<sup>96</sup>.

Al ampliarse en la novela de Saramago los capítulos sobre la infancia y momentos anteriores a la etapa pública de Jesús, el personaje de María tiene también en este apócrifo moderno una mayor presencia que en los Evangelios canónicos. Existen dos etapas claramente diferenciadas de la posición de María en la novela y ambas están siempre condicionadas por la posición del elemento masculino respecto a ella; la primera depende de la presencia de José y Pastor, y la segunda de la figura de Jesús y del propio Dios. En ambos casos, su posición está supeditada a los personajes masculinos, quienes la desprecian a pesar de que su actitud es de fidelidad hacia todos ellos.

María goza en esta obra de una concreción histórica, espacial y temporal muy definida y delimitada a través de su papel de mujer que vive bajo un sistema patriarcal. Esta condición es constantemente recordada y matizada a través de su acción en la novela. Como sucede con otros personajes femeninos en el relato de Saramago –María Magdalena, Zelomi– el escritor portugués bosqueja una descripción a la vez realista y crítica de la situación de la mujer en la sociedad de la Palestina del momento; esta situación se hace extensible a la sociedad europea cristiana, ya que la propia María ha servido como modelo de conducta para la cultura católica a la que el escritor alude constantemente. Son precisamente sus atributos de docilidad ante las instrucciones, constancia, firmeza y, en cierta forma, virtud y castidad, las que la caracterizan también en esta novela.

Antes de analizar estas características, es preciso señalar que en el personaje de María encontramos determinadas cualidades que aparecerán posteriormente en Jesús. Ambos personajes se enmarcan como personas de su tiempo y a la vez se presentan como figuras heroicas y paradigmas de comportamiento. En la novela de José Saramago a María, siguiendo el Evangelio de Lucas<sup>97</sup>, se la circunscribe a la ciudad de Nazaret. Al mismo tiempo, siguiendo la tradición apócrifa<sup>98</sup>, se le atribuye una señal *sobrenatural*: su portentosa concepción. Las gentes de Nazaret recuerdan el excepcional caso de María, quien al igual que otros *elegidos por Dios* en la tradición bíblica, nació del matrimonio de Joaquín y Ana<sup>99</sup>, dos ancianos que hasta ese

<sup>96</sup> *Ascensión de Isaías 11, Odas de Salomón 19, Oráculos Sibílicos 1, 8; Protoevangelio de Santiago, etc.*

<sup>97</sup> El sexto mes envió Dios el Ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, Lc 1, 26-28.

<sup>98</sup> Un Ángel se le aparece a Joaquín en el *Ev. del Ps. Mateo III*: Yo soy el Ángel que te ha sido dado por custodia; baja pues tranquilamente y vete al lado de Ana... el Altísimo ha tenido bien legaros una posterioridad tal cual como nunca han podido tener desde los principios los santos... »

<sup>99</sup> Joaquín y Ana son personajes apócrifos, ya que en el relato bíblico nunca se les menciona, que forman parte del santoral católico. Es interesante cómo en este sentido la novela nuevamente opte por recurrir a la tradición mariana.

momento no habían tenido descendencia. El narrador hace referencia a este hecho extraordinario cuyas implicaciones, curiosamente, no se desarrollan más adelante, ya que el personaje de María no parece destacar en nada más.

De esta manera, su carácter heroico se mantiene, y los aspectos mesiánicos se eliminan. La virginidad de María antes de la concepción de Jesús no se menciona ni se conserva después del parto. A pesar de esto, el elemento sexual asimilado a lo erótico se desvincula de ella de manera explícita. Éste es uno de los aspectos que hacen contrastar el personaje de María, madre de Jesús, con el de la otra María, amante de Jesús. Su pureza o virtud reside en su pasividad, en su no participación en la sexualidad. María se limita a ser un vaso de elección<sup>100</sup>. La *docilidad* de su actitud es leída en este apócrifo moderno como sinónimo de servilismo. Su subordinación es lo que le hace ser humilde y sencilla, caminar descalza y comer de las sobras.

El personaje de María posee una humildad obligada al estar condenada al silencio<sup>101</sup>. Esta condena le viene debido a su propia cultura y lengua que le niegan<sup>102</sup> una participación activa en los asuntos de los hombres. Este imperativo de silencio y no participación le otorga su calidad de cauce e instrumento de Dios y de la Culpa. María es transmisora involuntaria a la vez que es propiciadora de la Culpa. Es la culpa de José lo que le lleva a acercarse a María<sup>103</sup> y es el silencio de ésta lo que ayuda a conservarla en la mente de su marido. Ella misma es la persona que coadyuva a que la Culpa pase de padre a hijo, ya que su condición de mujer que no es escuchada le impide ayudar a su marido<sup>104</sup>. De esta forma, aunque no participa de la Culpa como lo hacen los personajes masculinos, padece sus consecuencias a través de ellos<sup>105</sup>.

Este silencio que le impone a María su exclusión del mundo del hombre le otorga una variante muy curiosa de la erudición en la ciencia divina, característica común en los evangelios apócrifos<sup>106</sup>. María se presenta como una persona hábil e inteligente, aspecto que se refleja en muchos de sus comentarios<sup>107</sup> y en capítulos como su declaración frente a los sacerdotes, en el que logra mantener su *secreto* frente al interrogatorio. Pero como veremos existe otra virtud en ella que se perfila

<sup>100</sup> «Y me dijo: Salve, llena de gracia, vaso de elección», *Ev. Bartolomé* 18.

<sup>101</sup> «Maria não respondeu nem tinha que responder, estava ali apenas para ouvir, e já era muito favor o que o marido lhe fazia», Saramago, p. 92.

<sup>102</sup> «porem não é sua a culpa dessas mazelas morais, a culpa é da língua que fala, senão dos homens que a inventaram, pois nela as palavras justo e piedoso, simplesmente, não têm femenino» *Idem*, p. 31.

<sup>103</sup> «Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos...», Gen 3, 16. Cf. «Deus ainda não se dá por satisfeito e a agonia continua», Saramago, p. 83. La *mujer* paga por una culpa que se ceba indirectamente con ella. Saramago, al otorgar tantos hijos a María, posiblemente desee subrayar este detalle en relación con la idea de culpa más que desmoronar la *virtud* virginal de María.

<sup>104</sup> *Idem*, p. 339

<sup>105</sup> «Durante uma hora, por causa do seu próprio erro, andou irritado com a mulher, sentimento que habitualmente lhe servia para abafar recriminações da consciência», *Idem*, p. 95.

<sup>106</sup> «Nada nuevo podrá aprender de los hombres quien sólo de Dios había recibido una ciencia completa», *Ps. Mateo 2*.

<sup>107</sup> Saramago, p. 186.

ya en otras obras de Saramago: la habilidad de las mujeres para percibir y deducir cosas que no se presentan tan claras en la mente de los hombres, los cuales sí tienen en cambio el camino abierto al conocimiento de las Escrituras. Su rol de objeto pasivo le hace a María ser más racional y realista. Al igual que otros personajes femeninos en la obra, tales como Zelomi y María Magdalena, su propia situación de mujer la conduce a internarse en determinados *secretos* divinos a los que accede a través de la vivencia objetiva de los acontecimientos. Este aspecto la lleva al enfrentamiento con Jesús. Por lo tanto, su *constancia y firmeza* se desprenden del amor que siente por su hijo, al que cree que están engañando.

La construcción simbólica de la figura de María, tanto a nivel canónico como apócrifo, tiene toda una serie de referentes bíblicos, no sólo femeninos, sino también masculinos<sup>108</sup>, que están directamente relacionados con su misión de cauce y vía en la historia evangélica de la salvación. Una de estas asociaciones, que se mantiene muy claramente en la lectura que de María hace Saramago y que a la vez tiene evidentes paralelismos con la *canónica*, es su prefiguración en la figura de Eva<sup>109</sup>. María se presenta como una *segunda Eva*, casi de la misma manera en que José y Jesús se presentan como un segundo Adán. El enlace no es de inflexión con respecto al *pecado original* sino de prolongación y ahondamiento en el mismo. Es una segunda Eva en tanto que repite el mismo error y es manipulada de forma similar<sup>110</sup>.

La presencia y el protagonismo de María se hacen mucho más patentes en la primera parte de la novela de Saramago. Sin embargo, a partir del episodio de las bodas de Caná<sup>111</sup>, última aparición de María madre en la obra, el rol femenino predominante pasa a María Magdalena<sup>112</sup>. Como ocurre en la literatura apócrifa antigua, la participación de María madre en los capítulos de la vida de Jesús es mayor en esta novela que en los Evangelios sinópticos. Sin embargo, es necesario señalar que aquellos capítulos de mayor relevancia en los Evangelios, la Visitación (Lc 1, 39-56) y la presencia de María junto a Jesús en el momento de su muerte (Jn 19, 25-6), no aparecen en la obra de Saramago.

<sup>108</sup> Mercedes Navarro, *María, la mujer*, Madrid, 1987.

<sup>109</sup> Ver "Mary, Mother of Jesus", *The Coleridge Pastoral Dictionary of Biblical Theology*, Collegeville, Minn., 1996, p. 595.

<sup>110</sup> La escena de la cueva con Pastor, en el que se acusa a José de su pecado, tiene cierta relación con la tentación del Jardín del Edén. El pecado original es transformado en culpa, que María deposita en la mente de José a través de su silencio. Igualmente en el texto apócrifo la *Vida de Adán y Eva*, el personaje de Eva cae en las tentaciones del Maligno en más de una ocasión. *Vease Vida de Adán y Eva* 9

<sup>111</sup> Jn 2, 1-11. La frase «¿Qué tengo yo contigo mujer?» (Jn 2, 4) En este evangelio no tiene la rotundidad –Jesús vuelve a Cafarnaún con su madre y sus hermanos, aunque no se quede muchos días– que en el evangelio de Saramago.

<sup>112</sup> No hemos abordado el personaje de María Magdalena por varias razones. En primer lugar, porque ya ha sido llevado a cabo en otros trabajos. En segundo lugar, porque su dibujo sigue exactamente los mismos patrones que hemos visto señalados en la figura de María, madre de Jesús, pero en un sentido y significado justamente opuestos. Haber repetido los comentarios ya hechos hubiera alargado demasiado e innecesariamente este capítulo.



Que coisas que nós não sabemos  
 haverá entre o Diabo e Deus.  
 Olharam-se receosos, porque tinham medo de sabêlo  
 (O Evangelho segundo Jesus Cristo, p. 359)

El hecho de que en la novela de Saramago aparezcan *Dios* y el *Diablo* como personajes dentro de la trama es un detalle interesante y a la vez representativo de la literatura apócrifa antigua<sup>113</sup>. Al hacer mención de la importancia que desempeñará la figura del Diablo en los planes que Dios le tiene deparados a la Humanidad y al ocuparse de su transformación, el autor sintetiza un fenómeno literario y religioso que se refleja en la literatura apócrifa, principalmente en la intertestamentaria. En estos textos se manifiesta la evolución de los papeles tanto de la figura de Dios como sobre todo la de su *oponente*. En la transición entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, la figura del Demonio va adquiriendo no sólo mayor presencia, sino mucha más claridad y contundencia en sus acciones y atribuciones, entre las que destaca la responsabilidad por la entrada del mal en el mundo<sup>114</sup>. Estos testimonios literarios tienen en la literatura del Nuevo Testamento<sup>115</sup> un claro reflejo: en ellos la actuación de Satán es mucho más evidente y poderosa que la que existe en el Antiguo, en donde esta figura es prácticamente inexistente en su identificación como Maligno y enemigo de la Humanidad.

Tanto el personaje de Dios como el del Diablo tienen una posición claramente distinta en el argumento de la novela de Saramago respecto al resto de los personajes. Sobre el primero hay que decir que viene a ser uno de los personajes que menor y mayor aparición tienen en la trama de la novela. Menor, porque tan sólo son tres las ocasiones en las que interviene personalmente: los dos encuentros con Jesús y, al final de la novela, el episodio en el cual reconoce a su hijo ante el mundo<sup>116</sup> –únicas palabras proferidas por el mismo Dios en los Evangelios–. No obstante, es el personaje que a la vez tiene una mayor presencia ya que a lo largo de toda la novela asiste activamente a gran parte de los acontecimientos, dirigiéndolos a distancia. Por

---

<sup>113</sup> Dentro de la literatura apócrifa, la antropomorfización de las fuerzas celestiales en nombres y seres personales es un recurso muy extendido, especialmente en el caso del Demonio y las fuerzas maléficas. Este aspecto aparece mencionado en el Nuevo Testamento, en el que Satán representa una clara personificación del mal, *el príncipe de este mundo* (Jn 14. 30). En los relatos de descenso: el Infierno, la Muerte y el propio Diablo aparecen como personas contra las que se enfrentará Cristo resucitado (Cf. p. e. *Evangelio de Bartolomé*)

<sup>114</sup> «pero la muerte entró en el mundo por envidia del diablo y la experimentan sus secuaces» (Sb 2, 24) En la literatura sapiencial se ataja el problema del mal de similar forma como se verá en los escritos apócrifos y sobre todo apocalípticos. Cf. *Libro de los Jubileos* y episodio de los ángeles vigilantes seducidos por las mujeres.

<sup>115</sup> «Sabemos que somos de Dios/ y que el mundo entero yace en poder del Maligno./ Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido/ y nos ha dado inteligencia/ para conocer al Verdadero./ Nosotros estamos en el Verdadero...», 1 Jn 5, 19.

<sup>116</sup> Como ya comentamos esta cita aparece en los evangelios en el momento del Bautismo de Jesús por Juan el Bautista (Mt 3, 16-17) y en el capítulo de la transustanciación (Mt 17, 1-8; Mc 9, 2-8).

otro lado, su constante presencia también se desprende del hecho de ser el personaje del cual se habla más a lo largo del relato. Las opiniones respecto a la persona de Dios sirven como criterio para diferenciar dos tipos de personajes en la obra: aquéllos que tienen una sólida opinión de Él y los que están continuamente tratando de obtener su comprensión. El primer grupo se compone de los seres que por su naturaleza tienen conocimiento directo de él: los ángeles, incluyendo al Demonio, el narrador omnisciente y las personas que tienen un claro concepto de Dios a través de lo que su propia experiencia vital les ha mostrado —María Magdalena, Zelomi y en menor grado María, la madre de Jesús—. El segundo grupo estaría compuesto de los personajes masculinos que constantemente desean llegar a conocer a Dios sin lograrlo realmente.

El personaje de Dios se manifiesta de diferentes formas en el relato. En primer lugar se presenta directamente, a través de su aspecto, palabras y gestos y mediante los actos que le son atribuidos por quienes lo conocen. En segundo lugar, se da a conocer a través de la opinión de Él que expresan los distintos personajes de la novela. La figura de Dios se dibuja de manera completamente antropomórfica con la apariencia de un viejo y rico judío<sup>117</sup>. Además, al igual que en el Antiguo Testamento, posee los rasgos de un monarca que gobierna a su pueblo y que decide sobre el destino de sus súbditos. Su carácter carece completamente de *misterio y trascendencia* y sus intenciones son ante todo materiales, no solamente en relación al hombre sino en lo que se refiere a sus propias ambiciones y proyectos. En el momento en el que tiene lugar la obra, este gobernante está desarrollando un proyecto concreto: construir más que un Reino, un Imperio completamente terrenal. Esta tarea parece tenerlo bastante ocupado<sup>118</sup>. El puro interés motiva su preocupación por los personajes terrenales de la obra<sup>119</sup>, y como gobernante se caracteriza por manipular a su conveniencia la vida de sus siervos<sup>120</sup>. Desde su posición de privilegio y poder trata a los humanos como simples objetos<sup>121</sup> y le tiene sin cuidado lo que les pueda ocurrir. En absoluto parece estar interesado en las vidas, dichas o desgracias de sus criaturas y su crueldad se muestra de manera gráfica<sup>122</sup> a través de su especial predilección por los sacrificios<sup>123</sup> de víctimas inocentes<sup>124</sup>

<sup>117</sup> Saramago, pp. 364s.

<sup>118</sup> «Vá, despacha-te, tenho mais que fazer, disse Deus, não posso ficar aqui eternamente» Saramago, p. 264. «Propõe lá, mas depressa, que não posso ficar aqui eternamente», *Idem*, p. 392.

<sup>119</sup> «a única coisa que Deus verdadeiramente não pode, é não querer-se a si mesmo» *Idem*, p. 466 (palabras en boca de la Magdalena).

<sup>120</sup> «em verdade não sei que é que vos julgais, quando não passais de míseros escravos da vontade absoluta de Deus», *idem*, p. 314.

<sup>121</sup> «e Deus falva pela boca de Jesus» *Idem*, p. 401. «...Em algum lugar do infinito, ou infinitamente o preenchendo, Deus faz avançar e recuar as peças doutros jogos que joga...», *idem*, 310. En este aspecto se dibuja un paralelo con la figura del monarca de *Memorial do Convento* cuando jugaba con sus maquetas.

<sup>122</sup> «Deus não perdoa os pecados que manda cometer» *Idem*, p. 161; «é a diferença que há entre Deus e um filho seu, Deus fá-lo-ia de propósito, fê-lo o filho apenas por humaníssima inabilidade», *idem*, p. 414.

<sup>123</sup> «Aaaah, era Deus suspirando de satisfação...», *idem*, p. 264; «Deus, nas empíreas alturas, respira, comprazido, os odores da carnagem», *idem*, p. 249.

<sup>124</sup> «... dos cordeiros que vão morrer jovens por os amarem tanto os deuses», *idem*, p. 248. «Foi fácil, o animal não tinha nada de que se arrepende», *idem*, p. 376.

con los cuales se nutre habitualmente. Es un dios que ni ama ni busca ser amado. No parece demostrar ni un solo asomo de caridad o amor por ninguna de las personas del relato, ni siquiera por su Hijo<sup>125</sup> al que va a sacrificar para poder llevar a cabo su proyecto imperialista<sup>126</sup>.

Sistemáticamente se niega a complacer a sus criaturas<sup>127</sup>, haciéndoles daño directamente, tanto al elegirlos como al abandonarlos<sup>128</sup>. Su postura con respecto al género humano es de desdén y distancia<sup>129</sup>. Es una figura solitaria y egoísta que no parece tener más ley que la que las circunstancias y sus intereses le van dictando<sup>130</sup>. Por ello, como monarca no se destaca por la consideración hacia sus súbditos. Mantiene su autoridad<sup>131</sup> tanto a través del pavor que produce su poder como de la incompreensión que sus decisiones provocan en un pueblo que las acata con sumisión<sup>132</sup>.

Es tal vez del personaje de Dios del que se ofrece un retrato psicológico más definido y delimitado. Se presenta como un monarca ambicioso, cruel, egoísta, completamente injusto y desleal con su pueblo. Mientras que en la novela el personaje de Dios está muy circunscrito, expresando a la vez claramente sus intenciones y propósitos cada que vez que interviene, el del Diablo es bastante más complejo. La forma en la que éste se da a conocer es mucho más abstracta y múltiple, ya que con frecuencia se comunica a través de mensajes cargados de doble sentido. Este es uno de los primeros aspectos que muestran la relación antonímica que se establece entre estos dos personajes y a la vez la modificación en sus papeles en relación a su representación tradicional.

Antes del encuentro entre Jesús y Dios en la barca rodeada de niebla y en medio del lago, desde el fondo de las profundidades surge un Leviatán *sui generis* con apariencia de cerdo. Se trata de un personaje familiar para ambos, Pastor, que se une a la reunión cumbre. Su presencia parece imprescindible, ya que todo lo que le atañe a Dios le concierne indirectamente. Una vez que logra subirse al bote, la embarcación, que estaba inclinada, recupera su perfecto equilibrio. El narrador entonces nos

<sup>125</sup> «Deus , que tão limpamente fizera desaparecer a ovelha, não o beneficiara, de dentro da nuvem, com a graça do seu divino cuspo», *idem*, p. 267. Jesús cura usando su saliva en Mc 7, 33; Mc 8, 23; Jn 9, 6.

<sup>126</sup> «mas um dia hei-de querer tudo, Que é tudo, A vida», *idem*, p. 263; «O tempo em que lhes ouvidos já passou, hoje só lá vamos com um revulsivo forte, qualquer coisa capaz de chocar as sensibiidades e arrebatat os sentimentos, Um filho de Deus na cruz, Por exemplo...», *idem*, p. 376. «Morrerei na cruz, disseste, Essa é a minha vontade», *idem*, p. 377.

<sup>127</sup> «Quando o sistema do Senhor, digo-to eu que sou da casa, é ele ser sempre o contrário de como os homens o imaginam... a palavra que mais vezes lé sai da boca não é o sim, mas o não», *idem*, p. 312.

<sup>128</sup> María Magdalena afirma: «Não sei nada de Deus, a não ser que tão assustadoras devem ser as suas preferências como os seus desprezos», *idem*, p. 309

<sup>129</sup> «Deus é tanto mais Deus quanto mais inacessível for...», *idem*, p. 100.

<sup>130</sup> «...para Deus não há frente nem costas», *idem*, p. 264. «Permites que te subvertam as leis, é mau sinal, Permito-o quando me serve, e chego a querê-lo quando me é util...», *idem*, p. 377.

<sup>131</sup> «expressão de autoridade sem réplica que só divina podia ser», *idem*, p. 268.

<sup>132</sup> «A vida da pobre gente já naquele tempo era difícil e Deus não podia prover a tudo», *idem*, p. 90; «Só Deus saberá por que morreram, o anjo da morte, tomando a figura de uns soldados de herodes, desceu em Belém e condenou-os», *idem*, p. 219.

describe el gran parecido físico entre Dios y el Diablo-Pastor, como si fueran gemelos. La única diferencia ente ellos es que Dios parece más anciano<sup>133</sup>.

Para la realización de los objetivos que Dios ha previsto para su pueblo, es preciso que cambien las características que el Diablo había tenido hasta entonces. Esta transformación viene condicionada por la necesidad de que el Diablo sea más malvado de lo que acostumbra<sup>134</sup>.

Aunque la relación entre Dios y el Diablo se presenta como ambigua, quedan claras algunas cuestiones: que no son enemigos y que existe no sólo una desigualdad entre ambos, sino una supeditación del Diablo respecto a Dios. El Diablo, como Jesús, debe sufrir como castigo el voto de obediencia a Dios.

En relación a la tradición bíblica y apócrifa, existen determinados aspectos de este Diablo que se conservan y a la vez se transforman. Por un lado, está su condición de ángel, más concretamente de ángel caído<sup>135</sup>. Por otro, persiste su carácter de subordinado de Dios, y por último, su faceta de oponente (*Satán*). Como ángel caído<sup>136</sup> está condenado a vivir eternamente en la tierra. Lo que no queda tan claro es si por castigo a su deslealtad o por decisión propia<sup>137</sup>. Es éste un personaje con una conexión muy marcada a lo telúrico, ya que se asocian a su persona todos los símbolos que poseen una clara alusión a la tierra. La condena de permanecer en la tierra por toda la eternidad tiene ciertas reminiscencias cainitas en el caso del diablo de Saramago<sup>138</sup> y es a las reglas de la tierra, o a las de la naturaleza a las que se somete. Su forma de concebir las cosas no está marcada por pautas celestiales sino terrenas. A pesar de ser la tierra su entorno, más que dominio, como lo señalan los Evangelios, este ángel mantiene una situación de supeditación a Dios. Como tal, actúa como mensajero y subordinado al igual que los otros ángeles que aparecen en el rela-

---

<sup>133</sup> En cuanto al motivo que el autor tiene para describir un parecido físico entre ambos personajes, podríamos especular sobre un par de posibilidades: Una puede ser rescatar la idea maniquea o gnóstica de un Dios dividido en dos partes, una positiva y otra negativa. Otra, que tiene una inspiración apócrifa, puede ser entender al Diablo como hijo de Dios: «Un día en que los hijos de Dios (*b<sup>e</sup>né 'Elohim*) fueron a presentarse ante Yahvé, apareció también entre ellos el Satán», *Jubileos* 1, 6. Por último, el autor puede asociar la juventud del Diablo respecto a la Dios por ausencia de culpa en el primero.

<sup>134</sup> Saramago, p. 389.

<sup>135</sup> «¡Cómo has caído de los cielos, Lucero, hijo de la Aurora. Has sido abatido a tierra, dominador de naciones!/ Tú que habías dicho en tu corazón: Al cielo voy a subir, por encima de las estrellas de Dios alzaré mi trono, y me sentaré en el Monte de la Reunión, en el extremo norte./ Subiré a las alturas del nublado, me asemejaré al Altísimo/ Ya!: al Seol has sido precipitado, a lo más hondo del pozo.» Is 14, 12-15. Este fragmento de Isaías dirigido a Nabuconodador fue atribuido posteriormente por la tradición a la figura de Satán. En muchos textos de la Antigüedad los ángeles son identificados con las estrellas. Esto se relaciona también con su función de *vigilantes*, y son su descripción como seres que resplandecen luz (TestXII Lev 8, 2).

<sup>136</sup> En el *Apocalipsis de Abraham* es él mismo el que elige habitar la tierra, siendo ésta morada de sus impurezas (*ApAb* 13, 7). En el Libro de los *Jubileos* frente a los ángeles vigilantes que son condenados a estar por la eternidad atados en los infiernos, otros, por decisión de Yahvé están sueltos en la tierra para encargarse de causar el mal a los hombres.

<sup>137</sup> «Certifico-me de que a terra continua por baixo de mim», Saramago, p. 236.

<sup>138</sup> «...mais não permita o mesmo Senhor que os vejhas como a mim me podes ver agora, que não tenho, ó vida mil vezes dolorosa, onde descansar a cabeça.», *idem*, p. 33.

to. Un aspecto que no queda excesivamente claro en la novela es el tipo de intervención del Demonio en la vida de Jesús, como *vigilante*, *acusador* o *adversario*.

Se recuerda su posición como *ángel rebelde* a Dios y como tal actúa dentro de sus límites de influencia. No se somete a las leyes que Éste marca, viviendo completamente fuera de su *pueblo*. Esta actitud no es de rebeldía total –como la que sí mostrará en cambio Jesús– sino de alejamiento de los preceptos divinos. Ésta parece ser la que le quiere inculcar a su *discípulo*, y lo consigue por fin en el episodio en el que Jesús se niega a cumplir con el precepto del sacrificio del cordero por Pascua. Su situación de adversario convive con la de subordinado, por lo que sus acciones contra Dios son más pasivas que activas.

Muchos aspectos diferencian a este Diablo de la figura que muestran tanto los apócrifos<sup>139</sup> como los Evangelios. En primer lugar, no se caracteriza por una rivalidad y odio acérrimo hacia Jesús. En esta novela, no parece que su deseo sea perjudicar a Jesús, sino intentar evitar que éste pacte con Dios. En esto conserva su faceta de *fiscal*. Aunque parezca extraño, existe una curiosa relación entre él y Jesús, que podríamos calificar de paternal. Él es la persona que realmente pasa más tiempo con Jesús. Lo acompaña desde antes de su nacimiento y está presente en su etapa de adolescencia. Además, es el único que, al igual que un padre en una sociedad tradicional, le enseña un oficio: Jesús no es carpintero, sino pastor. El Demonio en esta obra no posee un gran poder. Parece saber la razón de las cosas y es capaz de adivinar el pensamiento de los humanos<sup>140</sup>. Sin embargo, no se le asocian otros elementos que sí se le atribuyen en la tradición evangélica<sup>141</sup>. Este personaje se describe a sí mismo como un *hombre sin Dios*<sup>142</sup>, sin posesiones, sin poderes extraordinarios<sup>143</sup>, defensor de la vida<sup>144</sup> y del bienestar de su rebaño<sup>145</sup>. Para apreciar la transformación de roles de los personajes del Diablo y Dios es necesario primero analizar el simbolismo de la oveja y la imagen del Pastor.

Permanecí con ellos como si fuera uno de ellos.

Toda mi vida transcurrió sin culpa...

jamás fui recalcitrante con ellos, sino que los obedecí en todo,

como suelen hacer todos los hombres nacidos de la tierra.

Jamás provoqué su ira ni les dirigí una mala palabra.

*Hist. José el Carpintero*, 11.

<sup>139</sup> El Diablo tiene una considerable presencia en la literatura apocalíptica.

<sup>140</sup> «sei tudo, até aquilo que estás a tentar esconder-me», *idem*, p. 243.

<sup>141</sup> «De nuevo le lleva consigo el diablo a un monte muy alto, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: Todo esto te daré si postrándote me adoras.», Mt 4, 8. Cf. «Não sou o dono, nada do que existe no mundo me pertence», Saramago, p. 230.

<sup>142</sup> «Não sou judeu», *idem*, p. 232s. «Não tenho deus, sou como uma das minhas ovelhas», *idem*, p. 233.

<sup>143</sup> «vida não posso dar-lha, não sou competente em obras milagrosas», *idem*, p. 241.

<sup>144</sup> «Mas o que parecia ser certo era não lhe ter perdoado a morte da ovelha», *idem*, p. 269.

<sup>145</sup> «ou os mato, como sempre tenho feito, ou os deixo abandonados para morrerem sozinhos nesses desertos, ou detenho o rebanho e fico aqui à espera de que morram», *idem*, p. 230. (Cursiva mía).

El personaje principal de esta historia, el *Jesús* de Saramago, sigue las mismas pautas de cercanía y contradicción respecto a sus referentes bíblicos y apócrifos que el resto de los componentes de la obra. En el caso de Jesús, existe un dualismo todavía más marcado que tiene como punto de partida su doble *filiación* —en este *evangelio* sería excesivamente arriesgado hablar de *Naturalezas*— la humana y la divina. Estas dos filiaciones entran en conflicto a lo largo del relato.

Como ya indicamos anteriormente, existe en esta obra una clara intención de evitar conscientemente todos los capítulos y referentes *cristológicos*, sustituyéndolos por otros de diverso signo. Por ello, y a pesar de que este *evangelio* es según *Jesucristo* —nombre que hace referencia a una confesión de fe que claramente no se defiende en la novela— la idea de Jesús como *ungido* tiene un carácter muy diferente y una lectura de signo opuesto a la que tanto los Evangelios canónicos como los apócrifos quieren presentarnos. A pesar de ello, al igual que en la utilización de las fuentes y la delineación del resto de los personajes, todos estos aspectos se tienen en cuenta con la intención de transformarlos.

Precisamente de esta perspectiva distinta de *cumplimiento* de las Escrituras en la persona de Jesús se desprenden todos los rasgos de su personalidad y los capítulos de su historia que se describen en esta novela. A lo largo de la obra quedan transformados los títulos y características mesiánicas de Jesús que tienen como referente el Antiguo Testamento (como *Hijo de Dios*, *Hijo del Hombre*, *Ungido* y *Siervo Sufriente*), para realizar una lectura completamente distinta que la que sugiere el Nuevo Testamento y los relatos apócrifos antiguos que tratan la vida de Jesús.

Existen determinados aspectos clave que tenemos que tener en cuenta a la hora de aproximarnos al Jesús de Saramago que se relacionan directamente con el Cristo de los Evangelios. De la misma forma que en los escritos del Nuevo Testamento, a través de Jesús se pretende ejemplificar las relaciones entre el hombre y Dios, y a la vez reflexionar sobre la naturaleza humana y divina. Por otro lado, el mensaje que predica el Jesús cristológico se conserva, volviéndose a sintetizar en *la proximidad del Reino*. Jesús nuevamente ofrece la *vida* por la salvación del hombre. La ayuda a los marginados y afligidos, tal y como se verifica en su discurso de las bienaventuranzas, forma una parte imprescindible de su misión.

Todos estos elementos quedan completamente tergiversados en la trama de Saramago. En el último momento, Jesús se subleva contra el plan imperialista de Dios Padre. La variación de las concepciones de Reino, Cumplimiento y Escatología que antes comentamos y son clave en la profunda variación de este evangelio en relación al canon.

Los textos apócrifos antiguos se concentran preferentemente en los episodios del nacimiento e infancia de Jesús, así como también en los de su Pasión, Muerte y Resurrección para insistir tanto en el carácter divino de Jesús como en el concepto de cumplimiento de las Sagradas Escrituras a través de Él. En una importante cantidad de apócrifos antiguos se muestra una manifiesta voluntad de ahondar en la naturaleza divina de Jesús. De esta forma Jesús, la figura del Verbo preexistente antes de la Encarnación, aparece asimilado completamente a Dios. Por lo tanto, participa en

los episodios de la historia de Israel<sup>146</sup>, y muestra sus rasgos divinos desde el mismo momento de su nacimiento<sup>147</sup> y a lo largo de toda su niñez y juventud. La intención de recalcar la divinidad de Jesús se hace evidente en la elección de los capítulos, buscándose nuevos datos con los que ampliar los episodios menos desarrollados en los textos evangélicos. Los apócrifos desean revelar exactamente cómo se produjo la concepción de Jesús<sup>148</sup>, verificar *taxativamente*<sup>149</sup> la virginidad de María antes y después del parto, y enfatizar aún más el cumplimiento de las Escrituras al detenerse en detalles simbólicos como el buey y la mula en el pesebre. También hacen hincapié en determinados paralelismos escriturísticos como la huida a Egipto de la Sagrada Familia.

El *apócrifo* de Saramago retoma muchos de estos episodios y los contradice sistemáticamente: el nacimiento de Jesús es completamente humano y carece de aspectos mesiánicos o extraordinarios. No se menciona la huida a Egipto, sustituyéndose por una huida a Galilea. La falta de aspectos milagrosos o excepcionales durante la niñez de Jesús así como también la inseguridad que lo caracteriza a lo largo su juventud contrastan radicalmente con la profunda seguridad y perfecto conocimiento de su *divinidad* con el que se describe al Jesús de los apócrifos.

En esta novela se nos presenta un Jesús *profundamente humano*. Sin embargo este énfasis en la humanidad de Jesús dista mucho de las novelas en las cuales se pretende una recreación del personaje histórico del Cristo de la fe, ya que éstas se limitan a reconstruir la personalidad de Jesús como judío de su tiempo. El Jesús de Saramago, en cambio, va mucho más allá. Es ante todo un *héroe*, cuya caracterización conserva sus elementos *extraordinarios*, separándolos meticulosamente de las características *mesiánicas* que se asocian con Él en los textos evangélicos y apócrifos. Saramago retrata a Jesús *mitológicamente* para mantener su aspecto ejemplificador. Jesús —al igual que personaje de João Mão Tempo— representa a la Humanidad; no es Dios hecho hombre, sino simplemente hombre.

De esta forma, la relación de Jesús con la divinidad no lo lleva a formar parte de ella, sino a poseer unas cualidades de *héroe* totalmente humano. Su nacimiento es extraño, pero ocurre por medio de un proceso biológico normal. Por otra parte, el personaje no se salva exactamente de una muerte temprana propiciada por la acción divina, sino que es la acción divina la que pone en peligro su vida. Al menos hasta el momento en el que Dios comienza a *controlar* la misión de Jesús, Éste de una goza de gran sabiduría<sup>150</sup> que se deriva mucho más de procedimientos humanos que de la inspiración divina. Lo más destacado del conocimiento y la elocuencia de Jesús, tampoco se desprende de su aprendizaje en la Sinagoga, sino que está direc-

<sup>146</sup> Cf. *Testamento de Salomón, Oráculos Sibílicos, Evangelio de Bartolomé*.

<sup>147</sup> Cf. *Historia de José, Dormición de María*.

<sup>148</sup> Cf. *Protoevangelio de Santiago*

<sup>149</sup> Cf. *idem y Libro sobre la Natividad de María*.

<sup>150</sup> «Assombrado estou que um rapaz da tua idade e da tua condição pareça saber tanto das Escrituras e seja capaz de discorrer sobre elas com tanta fluência», *idem*, p. 221. «Louvado seja o Senhor que me deu um filho sábio, a mim que sou uma pobre ignorante», *idem*, p. 254.

tamente ligado al efecto que tiene en Él la herencia de la culpa de su padre José. En este sentido, su voluntad de conocer lo humano y comprender lo divino<sup>151</sup> es en Jesús bastante más pronunciada que en su progenitor. Saramago se concentra en la *humanidad* de Jesús. No sólo se aparta de los Evangelios y apócrifos antiguos en aspectos tales como su vida no célibe, sino también sustituye las características mesiánicas o cristológicas por otras que subrayan su calidad de hombre: No nace de una virgen, su concepción es carnal, y sus milagros no muestran su condición divina sino su manipulación por parte de la Divinidad.

Sin embargo, aquello que se presenta como el aspecto más ligado a esta *profunda humanidad* de Jesús es su decisión de simpatizar con la *causa* del Demonio. Esto se manifiesta en su rebeldía contra Dios y en su posición *arreligiosa*. Estas características lo relacionan con otros dos héroes del sufrimiento rebeldes frente a la Justicia Divina: Job y Prometeo<sup>152</sup>.

Con el primero comparte aspectos que se desprenden de la herencia de José, quien también se identifica con Job. Jesús es un personaje que en el transcurso de la obra sufre *inocentemente* a causa de un pecado heredado cuya justificación intenta encontrar. Su situación de padecimiento continuo se muestra no sólo psicológicamente en la reincidencia de las pesadillas, sino que también se manifiesta en el plano físico. Tanto su rostro *lloroso*<sup>153</sup> como el dolor insistente de su herida son aspectos que sin duda hacen eco del personaje de Job. A lo largo de su vida, por lo tanto, Jesús sufre el peso de la culpa y ésta, como en el caso del patriarca bíblico, es la que le lleva a la búsqueda de respuestas y a la denuncia de la injusticia de Dios. La actitud de Jesús es rebelde a la vez que valiente, pues contradice en varias ocasiones los mandatos divinos. La primera vez que muestra su indisciplina es la ocasión en la que se niega a sacrificar su cordero pascual<sup>154</sup>. Posteriormente, aunque procura en repetidas ocasiones romper el pacto hecho con Dios en el Lago, termina sometándose completamente a la Deidad todopoderosa. Como Job, Jesús se siente impotente y en el fondo, ignorante. Por ello, trata hasta el último momento de encontrar un sentido a su *misión*. Al igual que antes había sucedido con el José de la novela, la sumisión

---

<sup>151</sup> En los apócrifos de la infancia del Nuevo Testamento un tema muy recurrente es la falta de necesidad de Jesús de asistir a la escuela. Esta actitud de rebeldía a recibir una educación que realmente no cree necesitar le hace enfrentarse tanto con sus padres como con sus propios maestros –ofendidos y rencorosos–. Los estudiosos del Nuevo Testamento, en una gran parte, no creen que Jesús tuvo una formación rabínica superior; sí señalan en cambio, que la educación recibida debió ser la que por entonces existía en las propias sinagogas. Este aspecto es respetado por Saramago.

<sup>152</sup> Sobre las relaciones y paralelismo entre estos dos personajes y la figura de Cristo existen muchas menciones desde la propia Antigüedad. Menciones del libro de Job se encuentran en el Nuevo Testamento en diferentes ocasiones: Mt 19, 26; Mc 10, 27; Lc 1, 52; 1 Co 3, 19; Fil 1, 19; 1 Tes 5, 22. Cf. A. Piñero, “El Job Apócrifo y la Reinterpretación de la Figura del Jesús Histórico”, *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos II*, Madrid, 1983.

<sup>153</sup> «El llanto enrojece mi rostro, una sombra mortal recubre mis ojos», Jb 16,16

<sup>154</sup> «Para a religião que cultiva e os costumes a que obedece, estes escrúpulos de Jesus são subversivos, haja vista a matança desses outros inocentes todos os dias sacrificados nos altares do Senhor, maiormente em Jerusalem, onde as vítimas se contam por hecatombes», Saramago, p. 243.



e impotencia ante Dios provocan en Jesús una sensación de inmovilidad y una tensión que termina explotando<sup>155</sup> en el enfrentamiento con los comerciantes en el Templo. A partir de este momento, considerará que su enemistad hacia Dios y su confrontación con Él están plenamente justificadas, pues por fin entiende que su Padre divino lo ha manipulado<sup>156</sup>.

La última acción del Jesús de Saramago es mucho más *prometeica*, de la misma forma que lo es el desenlace trágico de los acontecimientos. Como el héroe helénico, Jesús se dirige a la muerte con absoluta conciencia de lo que le espera y con una actitud de profunda rebeldía<sup>157</sup>. A diferencia del Cristo evangélico, no sólo acepta el cáliz que debe beber, sino que se dirige a su Pasión *subversivamente* y de forma mucho más decidida que resignada, pues lo que motiva su sacrificio por los demás es el profundo amor, no sólo por sus amigos inmediatos –cuyo martirio inminente le atormenta más que a ellos mismos–, sino por toda la Humanidad. La conexión del Jesús de Saramago con los referentes evangélicos y apócrifos no tiene el acento irónico de la de José o el tono a la vez realista y crítico de la de María. En el caso de Jesús, se dibuja una oposición diametral entre su voluntad de hombre terrenal y su fidelidad a Dios.

En lo que respecta al resto de los personajes, la mayor parte están extraídos de la tradición evangélica, aunque haya unos cuantos que son creaciones exclusivas de Saramago: la mujer anónima desnuda que aparece bañándose en el Jordán<sup>158</sup>, la joven con el niño en brazos que Jesús encuentra primero en Belén y que luego reaparece en sus sueños, y también también Ananías<sup>159</sup> y Chua, el matrimonio vecino de José y María en Nazaret. Tampoco se mencionan en los Evangelios canónicos Abiatar<sup>160</sup>,

---

<sup>155</sup> «que nem parecia o mesmo Jesus que conheciam, doce e sossegado, a quem Deus levava por onde queria e mal sabia queixar-se», *idem*, p. 423.

<sup>156</sup> En el incidente contra los mercaderes, el narrador menciona cómo ni siquiera en ese momento Dios le ayuda a salir bien parado.

<sup>157</sup> «Prefiero tener que estar esclavizado a esta roca que tener que ser mensajero del padre de los dioses», *Prometeo Encadenado* Prom. 968-969.

<sup>158</sup> Esta figura puede considerarse un eco de Bethsabé.

<sup>159</sup> El nombre de Ananías tendría en las Escrituras tres asociaciones que podrían guardar alguna relación, si tenemos en cuenta las *variaciones* que Saramago realiza con ellas. En primer lugar, está el propio significado de su nombre: “Yavhé ha tenido piedad”, que podría ironizar tanto con la suerte que le aguarda en la vida –no logra tener descendencia– y a la hora de morir –sufrir una larga agonía–. También, hilando con lógica parecida, podría tener cierta conexión con el Ananías que aparece en Hech. 5, 1-10, castigado junto a su mujer por el Espíritu Santo. Por último, se puede asociar con el Sumo Sacerdote que aparece en el capítulo 23 (2-5); esta última asociación también es posible por ser completamente opuesta a lo que ocurre en la novela. En los Hechos de los Apóstoles, Ananías es castigado por los zelotes y en la novela de Saramago es confundido con un zelote y, por ello, es castigado por los romanos.

<sup>160</sup> “Abiatar”: Sacerdote en el tiempo del Rey David. Descendiente de Aquimelec, Aquitob, Fineas, Helí, Itamar, Arón. Cuando Absalón, hijo primogénito de David, se rebeló contra él, Abiatar y Sadoc, sacerdotes del Rey David, escaparon de la matanza en Nob, cuando huían de los leales a Absalón y, acompañaban al Rey David en su fuga. (2Sa 15, 24), *Enciclopedia Católica*.

Zaquías<sup>161</sup> y Dotáin<sup>162</sup>, los tres ancianos que juzgan el caso del encuentro de María y el Mendigo. Sin embargo, conviene recordar que sí existe un episodio análogo en los evangelios apócrifos. En el texto de Saramago, ciertos grupos, tales como los sacerdotes, los fariseos e incluso los samaritanos reciben un tratamiento claramente positivo. Esta actitud del narrador constituye tanto un punto de contraste con los Evangelios como uno de consonancia con otros *apócrifos contemporáneos* sobre la vida de Jesús.

---

<sup>161</sup> En el Evangelio del Pseudo Mateo, XXX, encontramos un sacerdote llamado Zaquías que sí tiene cierta relación con el episodio: «1. Un maestro judío, llamado Zaquías, habiendo oído asegurar de Jesús que poseía una sabiduría más que eminente, concibió propósitos intemperantes e inconsiderados contra José, a quien dijo: ¿No quieres confiarme a tu hijo, para que lo instruya en la ciencia humana y en la religión? Pero bien veo que tú y María preferís vuestro hijo a las tradiciones de los ancianos del pueblo. Deberíais respetar más a los sacerdotes de la Sinagoga de Israel, y cuidar de que vuestro hijo compartiese con los otros niños una afección mutua, y de que se instruyese, al lado de ellos, en la doctrina judaica.»

<sup>162</sup> Nombre de localidad mencionada en la historia de José en Gen 37, 15-17